

Documento

Para secuestrado me formé como empresario¹

Humberto Vélez R.
Profesor
Instituto de Educación y Pedagogía
Universidad del Valle

“Cada vez que sentía en el patio trasero la voz de alguna herramienta, ya fuese recatón, pala o azadón, me imaginaba que estaban cavando el hoyo de mi sepultura”. (Bernardo Pachón Garzón)

Don Bernardo no engrandece el suceso, *“fue como si en la tierra donde viví me hubiese formado para secuestrado, si no hubiese sido yo, habría sido otro cualquiera, algún otro empresario de la región, fue ése un gaje más del oficio”*, nos dijo a los entrevistadores, pero tampoco lo minimiza, *“claro que fue un hecho doloroso, contrastó, el más cruel entre los muchos que desde la infancia he tenido en mi vida”*. Don Bernardo, y constituye ésta una conducta recurrente entre ex - secuestrados, no hace parte del grupo de exvíctimas que con la sana intención de “olvidarlo todo para poder continuar la vida”, se niegan a tomarse un tinto conversado alrededor del tema; por el contrario, piensa que en este país ahora, como nunca, es malsano callar de cara a *“un asunto que en diez años se nos agrandó”*, nos dijo preocupado.

En esta Colombia nuestra, pensamos algunos señores de la academia, éticamente se ha tornado obligatorio pensar y hablar en público de modo crítico sobre esa macroperversidad llamada secuestro, con la advertencia de que de ella también hacen parte las desapariciones forzadas de tan alta frecuencia en la cotidianidad nacional; al fin y al cabo, secuestro intensivo y desapariciones diarias son expresiones radicales de extrema pauperización cultural, de profunda crisis ética y de aguda desorientación en la dirección de la vida social. ¿Cómo y por qué que, al terminar el siglo XX, el secuestro, como crimen colectivo organizado, llegó a universalizarse en la sociedad colombiana cuando una década atrás era una conducta irregular más entre las muchas en las que incursionaban algunos ciudadanos? ¿Cómo y por qué se desembocó en una situación tan extrema de 22000 plagios entre 1996 y el 2003,² como decir, la internacionalmente incomparable bobadita de un promedio de 8.7

¹ La Entrevista que suministró la materia prima para elaborar este capítulo fue realizada por Humberto Vélez, Universidad del Valle, y por Diego Alvarez, Licenciado en Tecnología educativa y Comunicaciones y excelente conocedor de la cultura agraria quindiana.

² Datos del Departamento Nacional de Planeación, julio de 2004.

secuestros diarios durante siete años? Escándalo y dolor y preocupación en y para cualquier sociedad, que no fuese ésta casi por historia de violencias acostumbrada a naturalizar los atentados humanos contra el proyecto humano; y, en efecto, escandaliza ese indicador empírico, el de casi nueve secuestros diarios, a países hermanos a los que de modo despectivo algunos dirigentes nuestros, al observarlos como con un menor desarrollo material relativo, en lo íntimo, se los imaginan como menos civilizados.

El secuestro de don Bernardo Pachón Garzón tuvo lugar en la tierra de los viejos Quindos, en esa edénica pero ahora socialmente postrada región, que con anhelo busca un nuevo horizonte de sociedad regional, pues mientras como producción, su economía en definitiva ha hecho crisis, como cultura ha resistido negándose a desaparecer³ o, por lo menos, a replantearse a la luz de un nuevo modelo económico de turismo comercial combinado con una producción cafetera especializada e internacionalmente competitiva por su excelente calidad.

Las carreteras quindianas desembocan casi todas en un cafetal, en uno de pepitas rojas o en uno virtual y activo como cultura; casi todas ellas son estrechos caminos pavimentados, zigzagueantes entre numerosos ascensos y descensos cortos, entre forzadas curvas y peligrosas recurvas y con terminales en casas de bahareque de arquitectura paisa, así como de subidos y variopintos colores. Por uno de esos caminos, llamado *Callelarga*, sacándole el mazda a los desasfaltados huecos y con la pensadera subiéndole y bajándole al ritmo de la topografía, transitaba el conocido cafetero a las 8 a.m de un cálido 17 de febrero de 1991. Por casualidad no lo acompañaba alguno de sus hijos y de guardaespaldas ni hablar, pues ni su estilo de vida ni su espontánea fe en la no maldad del ser humano ni su conciencia tranquila los reclamaban. “En ningún momento observé nada extraño, nos relató ahora el todavía vigoroso cafetero de 82 años, al menos algo fuera de lo normal, algo que acabara con la rutina diaria” cuando con la rápida eficacia de empresario de agenda muy ocupada, desparramaba actividad por todas partes, acá unas instrucciones técnicas, allá un juicio práctico, más adelante un afectuoso consejo y a todo momento dando “buenos días” a los peones de sus afectos. En el trayecto se le atravesó un pordiosero de la zona quien, al recibir una ayuda le dijo, “que Dios lo bendiga y le ayude Don Bernardo y “*gracias, ojalá sea así porque lo necesito*”, le contestó afectuoso el hacendado de 69 años.

Al salir de la finca “La Cruz” miró de reojo un sobrecargado palo de café “palotiado”, sonriéndole entonces a la filosofía práctica de Jaime Alonso, uno de sus asesores en agricultura, quien siempre postula: “El café es una maleza a la que hay que tratar con cariño y con mucha técnica”. “*Por esos días, nos contó, los cafeteros quindianos andábamos algo preocupados*” y cómo no lo iban a estar si los precios externos del grano empezaban a moverse en baja y si al Quindío, en ese entonces un paraíso natural sin mayor violencia, lo rodeaban regiones con un conflicto armado en visible alza y si, bajo la forma amenazante del secuestro, el miedo social había empezado a hacer presencia entre ellos afectando la tranquilidad colectiva de una región, que, desde la violencia partidista de los años cincuenta, no había vuelto a alterarse de modo significativo.” *En ese entonces, opinó ahora, sólo Dios sabía cómo iban a evolucionar esas tres amenazas*”, se refería a la caída de los precios del café, la guerra interna y los secuestros, sobre todo después de que por esos días habían secuestrado a Don Mario Garzón, conocido comerciante de Armenia. Pero,

³ Muy enriquecida es la reflexión antropológica que sobre la base de una hipótesis así, pero formulada para el conjunto de la economía cafetera, hace Renzo Ramírez Bacca en, *Formación y Transformación de la Cultura laboral cafetera en el siglo XX*, La Carreta Histórica, Bogotá, 2004.

ese domingo por la mañana, por fin se cumplió la expectativa que desde tiempo atrás habían venido manteniendo amigos y allegados, “vea, Don Bernardo, cuídese, deponga tanta confianza y cambie su rutina diaria, mire que en el Quindío el clima de seguridad está cambiando como alterado se encuentra en casi todo el país” y de verdad que ese día para él se alteró del todo cuando al disminuir velocidad para coger una curva, de sopetón se topó con un automóvil azul atravesado.

Don Bernardo, de alfarero y peón, en un principio oficios combinados, había pasado a fondero en una importante vereda de Sevilla limitánea con Caicedonia; de fondero, en Barcelona se había hecho finquero; pasó luego a alternar entre este Corregimiento y Armenia donde, a punta de la *“moral de la pesa”* llegó a convertirse en el más importante mediador cafetero entre el campesinado productor y los exportadores, pero, no obstante tantos cambios de localidad y de oficio, Barcelona fue y ha sido en todo momento su más querido referente existencial de vida. Y en Barcelona lo secuestraron. En este Corregimiento de la caciquesca Calarcá, cuyas relaciones de poder nunca le han alcanzado para darle forma a la ordenanza que lo convierta en municipio, le expropiaron el segundo derecho individual humano, que es el derecho a la libertad personal. Aquel que se encuentra en la puerta de entrada al primero, el derecho a la vida, pues ésta tiene sentido si uno puede, por lo menos de modo relativo, hacer de ella el proyecto existencial que quiera.

Bernardo Pachón Garzón, esposo, Ana María Valencia Jiménez, esposa, y Ligia, Bernardo, Amparo, Lyda, Luz Marina, Jaime, Carlos Alberto, Fabio, Luis Fernando, Juan Manuel, Patricia y Gustavo, hijas e hijos, constituyen la más espontánea prolongación cultural del Barcelona quindiano. Casi todos y todas habitan en Armenia, pero respiran y son y tienen en Barcelona. En esta población donde, como en la canción de Serrat “el sacristán ha visto hacerse viejo al cura, el cura ha visto al cabo y el cabo al sacristán y mi pueblo después ha visto morir a los tres”; en esta Comunidad, que, en construcciones y escuelas y cuerpo de bomberos y casa de la cultura y población se dobló a raíz del último sismo, pero que, en el período postsismo, en materia de horizontes de vida y de trabajo ha quedado en vilo; en este terruño, los Pachón Valencia telúricamente tienen enraizado el corazón. En él sueñan y piensan y sienten y programan y realizan desde que Don Bernardo, cuando todavía era un niño desplazado por la violencia desde el Cundinamarca papero, acunó en él sus primeros sueños de grande prematuro. “Allí en Barcelona, tras el sismo del 25 de enero de 1999, y como en casi todos los municipios quindianos, nos dijo uno de los Pachón Valencia, se reconstruyeron, en un nivel técnico bastante mejorado, casas y escuelas y capillas y acueductos y hospitales y beneficiaderos, pero se nos olvidó sembrar un polo de desarrollo postsismo, una fuerza humana que nos proyectase hacia el futuro” atestiguándolo así el actual estancamiento económico del departamento; los bandazos que dan las gentes al buscar el reacomodo; los experimentos productivos frustrados; el desánimo de los quindianos frente al menor decrecimiento del turismo; los desfases entre la cultura productiva y las realidades económicas; la profunda depresión social de sus habitantes; el renacimiento de las esperanzas cafeteras frente a una leve y artificiosa subida de los precios externos del grano; el desespero de las empresas instaladas, que pugnan por sobrevivir; y, sobre todo, la ausencia de un horizonte claro de sociedad y de economía hacia el cual apuntar, así como el radical decrecimiento de los indicadores de desarrollo humano y de

calidad de vida, tal como, para el conjunto del eje cafetero, lo ha destacado la ONU en su estudio “*Un Pacto por la Región*”.⁴

Al iniciarse la década del 90, con eventos como ése, el del plagio de Don Bernardo, así como con el de un importante grupo de hombres de negocios en otros municipios, el Quindío entró en el proceso de universalización acelerada del secuestro en el país; entonces, en esta sociedad, la colombiana, ese delito, para hablar de su forma penal, de modo progresivo empezó a elevarse hasta alcanzar la condición actual de la forma superior perversa más evolucionada y organizada del crimen colectivo en la vida social. “*Ya ocho años atrás, nos recordó Don Bernardo cuando buscamos inscribir el problema del secuestro en las dinámicas sociales y políticas, yo había vivido tremendo terremoto interior que me sacudió el alma y que también me dejó desastres y me sacaron adelante las mismas esperanza y brega que tendremos que desplegar ahora en el eje cafetero si queremos salir adelante*” y esto, con la preocupación sudándole en la frente, lo manifiesta la persona a la que ese trágico domingo a las 8 y 20 a.m. en una curva de Callelarga le pusieron un revólver en la nuca al grito de “necesitamos una platica, don Bernardo, y usted nos la va a suministrar”.

Sobre los episodios que rodearon su traída a la finca Altobonito, Corregimiento de Villa Nueva, Municipio de El Aguila en el Valle del Cauca, Don Bernardo no guarda mayor memoria, pues ésta sólo lo acompañó hasta la entrada a Armenia, a 8 kilómetros del sitio del secuestro, para reanimarse cuando lo estaban embutiendo en un cuartucho túnel cuya travesía duraría una larga y eternizada y monótona noche de cien días.

Que como íntima experiencia de vida nos contase qué había sido para él lo más duro y cruel de su secuestro, que nos hiciese un corto balance a ese respecto, fue la pregunta previa a la Entrevista en profundidad, a la que, colaborador y animador, había accedido, no obstante la dimensión dolorosa de esa invitación a replicar el drama. Oportuno parece señalar que, como acción pedagógica, lo habíamos advertido sobre la función terapéutica y bondadosa que podía cumplir una narración que como objetivos centrales buscaba, de un lado, contarles a familias en situación similar cómo se las había arreglado él para frenar y retrotraer y manejar la “congelada” muerte⁵ y, del otro, constituirse en la ocasión para formular alguna reflexión socioantropológica crítica sobre el secuestro *como forma superior, perversamente cualificada, del crimen colectivo organizado en la vida social*. También le hablamos de una hipótesis presente en el estudio realizado por el psicólogo Emilio Maluk. Que el que él, le dijimos, de modo espontáneo se hubiese ofrecido a contarnos esa dolorosa experiencia de vida, al lado de su bonito proceso de formación como empresario, podía ser una buena indicación de que había superado, muy a la positiva, las inevitables secuelas de todo plagio. No le daba temor hablar de él ni lo obsesionaba la idea de que lo pudiesen ressecuestrar y hasta accedía a contar lo por él vivido “por si, como él nos había dicho, otros podían derivar de allí alguna enseñanza”. También le contamos que de 300 ex - secuestrados invitados por Meluk a cooperar con su estudio, sólo 80, el 27%, había aceptado rememorar y, sobre todo, compartir esa dolorosa experiencia de

⁴ Al respecto ver, “Estudio/ violencia, narcos, caídas de precios del grano y hasta terremoto, claves de una crisis, *La Década perdida del Eje cafetero, El Tiempo*, domingo 4 de julio de 2004, 1-4.

⁵ El excelente libro, en materia de enfoque Psicológico del secuestro, de Emilio Malluk, *El Secuestro Una Muerte Suspendida Su Impacto Psicológico*, Programa de la Presidencia para la Defensa de la Libertad Personal, Fundación País Libre, Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes, Bogotá, 1998, nos ha servido de base para ubicar de modo crítico algunas de las hipótesis empíricas, que el caso de Don Bernardo nos ha sugerido.

vida⁶ y, “yo, nos dijo decidido, *sí quiero contar algo de lo por mi vivido y hasta recomendaré algunas cositas positivas*”.

“Cada vez que sentía en el patio trasero, nos empezó contando, la voz de alguna herramienta, ya fuese recatón, pala o azadón, de inmediato me imaginaba que estaban cavando el hoyo de mi sepultura”, y en realidad de verdad que ese sentimiento de proximidad de la muerte, sobre todo al principio, fue muy intenso y absorbente, y, por lo tanto, paralizador, aunque en el proceso de modo progresivo se fue debilitando pero sin desaparecer del todo. Más bien, podría decirse, que quedó subordinado a los ritmos de otras representaciones individuales, asociadas a los distintos momentos sicosociales por los que transitó durante esos tres meses larguitos que duró su cautiverio. Como para reforzar ahora, a partir de esta experiencia individual, la generalización empírica formulada por Melluk: “El riesgo real de morir en la operación de secuestro es la primera y principal lectura que hace la víctima. Es un temor que lo acompañará siempre, independientemente del trato que le den los secuestradores, y que seguirá presente aún después de haber sido liberado. Ese temor lo hace dócil y manejable porque los secuestrados no son personas con un entrenamiento previo para enfrentar situaciones de violencia o de guerra, ni están en alerta permanente con relación a amenazas de muerte o de secuestro”.⁷

El secuestro, entonces, es una vivencia cruel que, al inyectarle a la víctima el imaginario individual de que es más posible morir que sobrevivir, le borra los límites entre lo uno y lo otro; que dramáticamente le desdibuja las distancias entre este mundo y lo que pueda haber más allá de él; y que, mientras dura, le fractura sicológicamente la interdependiente unidad entre el cuerpo y la mente; en síntesis, el secuestro es como escuchar durante todo el ‘tiempo’ que dure el más interminable ‘tiempo’, a un fatídico pregonero gritándole al secuestrado “*Ud. ha sido condenado a muerte*”.

Haciendo un gran esfuerzo pedagógico, ese fue el cuadro que, frente a la posibilidad vida-muerte, medio le esbozamos a Don Bernardo y él, pausado, reflexionó que no obstante la eternidad de ese “rato”, no es que durante él hubiese habido mucho tiempo para reflexionar, pues, “*sobre todo al principio, lo que me pasaba era mucha sentidera; mi estado era como el de un sonámbulo; durante esas larguísimas noches, que se proyectaban sobre el día, el tiempo sólo me alcanzaba para preguntarme si estaba vivo o si estaba muerto, si estaba despierto o si me encontraba dormido*”, y así nos hablaba, mientras dos gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas testimoniando la intensidad de sus recuerdos. Como para corroborar esta experiencia de Don Bernardo, la de, según Melluk,⁸ inevitable caída de la capacidad de razonar en caso de secuestro, puede recordarse ahora que hasta un intelectual como Alvaro Gómez Hurtado escribió que durante su secuestro había carecido de “temas para meditar”.⁹

En la actualidad Don Bernardo no alcanza a precisar en qué proporción sus 24 horas diarias de oscuridad, que sumadas a las que venían, hacían 48 y a las subsiguientes, 72 y así hasta alcanzar 2.400 desgraciadas y alargadas y perversas horas, se distribuyeron y redistribuyeron entre el sueño, el insomnio y la semivigilia; pero, aguzando el recuerdo, nos

⁶ Idem, p. 100.

⁷ Idem.

⁸ Idem.

⁹ Gómez Hurtado, Alvaro, “Soy Libre”, abril 19 de 1989, comentarios, en, *Semana*, No 351, 24-30 de enero de 1989.

dijo que él creía que, sobre todo en la primera parte de su secuestro, “lo que podía llamarse dormir, dormir...no había ido más allá de una sola hora al día y eso ya por físico agotamiento”, pero, que después “lo predominante había sido ese estado entre estar dormido y estar despierto que llaman semivigilia”. De nuevo nos topamos con Meluk,” Si se tiene en cuenta que la amenaza contra la vida produce en casi todo el mundo un estado defensivo, de alerta permanente para protegerse de la amenaza y que el sueño es el estado contrario, de relajación, se entiende que durante el cautiverio se presente el insomnio en el secuestrado de una manera acentuada. Dormirse equivaldría a no defenderse, a bajar la guarda y correr el riesgo de ser asesinado por los plagiarios en medio del sueño”.¹⁰

Como decir, “si me duermo, me matan”.

Entonces, en general, el miedo, sea el que sea, es inherente a la experiencia del secuestro. Fue así como al corazón de Don Bernardo, durante esos cien días, siempre lo ahogó alguna forma de miedo. En un principio, a morir; luego, a la soledad, a los murciélagos y hasta al ser humano; y finalmente, y fue éste el sentimiento que en definitiva sobre él se impuso, el miedo a que la aburrición se le hiciese eterna.

Como para equiparar y confrontar este último y definitivo estado de ánimo de Don Bernardo, el de la monotonía y la aburrición, con la experiencia vivencial de otro hiperactivo, Alvaro Gómez Hurtado, aunque en otro y muy distinto nivel de actividades, el cafetero en el universo de los negocios y en el ejercicio de la reflexión, el segundo. Así se representó el tiempo psicológico Alvaro Gómez: “Los días transcurren casi en silencio, y por falta de temas para meditar, parecían muy largos. Ningún hecho diferenciaba uno del otro. En mi caso la monotonía no acortaba el tiempo como algunos prisioneros han escrito, si no que lo alargaba indefinidamente; era como si no transcurriese; como agua estancada”.¹¹ De acuerdo con los estudiosos del tema, el tiempo psicológico, el subjetivamente vivido por cada quien, el que podríamos denominar el imaginario temporal, tiene como dos de sus más importantes determinaciones, de un lado, la cantidad de eventos acaecidos durante una unidad dada de tiempo cronológico- minutos, horas, días o años- y, del otro, la manera diferenciada como esos sucesos afectan emocional e intelectualmente a cada quien : si los hechos son pocos y reiterativos y de bajo impacto emocional intelectual, el tiempo se siente como largo y estirado; por el contrario, si son numerosos y sobreimpuestos y heterogéneos y nerviosos, las horas se tornan minutos. Para Alvaro Gómez Hurtado, inquieto intelectual de intensa vida pública y privada, el tiempo de su cautiverio le resultó alargado y monótono, pues, qué ironía, carecía de temas para pensar; y a Don Bernardo, apurado hombre de negocios cuya jornada laboral histórica se iniciaba siempre a las cuatro de la mañana, “*cuando no me levantaba a esa hora*, precisó, debajo de las cobijas *dedicaba algún tiempo a programar el día*”, el tiempo también se le hizo de ritmo lento y de paso de tortuga pues, qué tristeza sentía, carecía de cosas para hacer. Temperamentos hiperactivos el uno y el otro, la experiencia psicológica del tiempo del secuestro les resultó dramática por lo alargada.

“Mi día, nos contó Don Bernardo, consistía en 24 horas de oscuridad apenas interrumpida por dos instantes muy iguales, uno para recibir un plato de repetida comida y para entregar una bacenilla con los orines y otro para lo mismo” pues, para él, durante esos tres meses y

¹⁰ Melluk, op. cit. p. 105.

¹¹ *Semana*, No 351, 24-30 de enero de 1989.

medio, días, de esos con aura mojada y aire fresco y anochecer invitando al sueño, en la práctica, no hubo, a excepción de las dos ocasiones en las que la bendita y bendecida luz del sol le cortó la oscuridad, en una, para hacerle al aire libre una teledirigida grabación y, en otra, para asistir en la manigua a la más apocalíptica tempestad chocoana.

Tratando ahora de distinguir períodos, es decir, intentado periodizar, como decimos los historiadores, en la pequeña historia de Don Bernardo durante ‘esa noche de cien noches’ se alcanzan a distinguir *cinco eternos “ratos” centrales asociados a cinco diferenciados tiempos psicológicos, engendradores de cinco distintos, aunque siempre interdependientes estados anímicos individuales, cada uno con su correlativo modo de interpretación subjetiva de la realidad*. Resultante compleja de todo ello, no pudo haber sido si no el más intenso *dolor psíquico*. Que me perdonen los psicólogos la osadía, pues al hablar de espacios físicos y virtuales y tiempos psicológicos y representaciones individuales y correlativos estados anímicos personales y correspondientes modos subjetivos de interpretación de lo real, me estoy entrometiendo en la esfera de la psicología social, pero, como investigador interdisciplinario, estallaría si no hiciese al respecto alguna consideración metodológica por atrevida que se asome.

Intentemos, entonces, retratar los cinco paisajes que *el dolor psíquico*, inherente a toda experiencia de plagio, aró en su alma.

Primer ‘Rato’ :

Un cuartucho-túnel repleto de oscuridad reforzada por un grueso plástico negro forrando las paredes; un tiempo que, al iniciarse alargado, a cada instante se hacía más alargado; una representación o imaginario individual de estar entrando al túnel de la muerte; un miedo terrible a morir.

En este caso la víctima-víctima, los sufridores eran sus allegados, demoró dos días en aceptar la realidad de su plagio; no podía ser, pensaba, era irracional que a él lo hubiesen..., se negaba a darle al suceso el nombre de secuestro, hasta que 48 horas más tarde se convenció y aceptó la tozuda realidad: era un secuestrado.

Este primer momento psicosocial estuvo marcado por el sentimiento del miedo a la muerte; como contrapartida contradictoria, esta sensación estuvo acompañada de un intenso anhelo de la más rápida liberación, “*sí, mis hijos deben estar ya reuniéndose con los secuestradores, sólo es cuestión de algunos días, mientras reúnen el dinero*”, eso era, nos contó, lo que ingenuamente imaginaba desde el segundo día cuando, al organizar un poco las ideas, se percató de que estaba secuestrado; y que soñase así era psicológicamente explicable, pues mientras más pronto lo liberasen, más rápido se libraría de ese terrible y terrorista sentimiento de encontrarse a las puertas del sepulcro, sensación que se le agigantaba cada vez que escuchaba la voz de alguna herramienta en el patio cuando sus cancerberos lo que estaban haciendo no era otra que cortar la leña para atizar el fuego del raquíutico fogón.

Fue así como, en un primer momento, al miedo a la muerte le interpuso la esperanza utópica de una rápida liberación

Don Bernardo no alcanza a fijar cuántos días duró esta primera fase de su cautiverio, “*allí me tuvieron mucho tiempo*”, nos dijo, pero al revisar el inédito “Diario de un Secuestro” de su hijo Bernardo, se logra inferir que ese primer eterno ‘rato’ duró unos 20 días, que fue el tiempo consumido en obtenerse la segunda prueba de supervivencia; la primera había sido el envío de un diario de circulación nacional con su firma y No de cédula. “*cuando más o menos me estaba despertando después del secuestro*, así nos introdujo al primer sitio

del cautiverio que, al fin y al cabo, fue el principal, *me di cuenta que me estaban subiendo a una camilla en las orillas de una quebrada. Más tarde, serían como las seis, me llevaron a un rancho de tablas. Ahí tomé conciencia, pero como a los dos días, de que me tenían secuestrado. Allí me tuvieron por mucho tiempo en una especie de cambuche forrado de un plástico negro y grueso*” en una de cuyas paredes superiores había una ventanita que medio se abría dos veces al día, una para permitir la entrega de un plato de arroz con maduro, de vez en cuando adobado con un disimulo de carne, y, otra, para entregar una bacenilla con los orines y excrementos. Entre el cuartucho de tablas y la quebrada mediaba un patiecito donde a toda hora ladraba una ronca perra color canela. De modo permanente lo acompañaban cuatro hombres de rostros anónimos bajo los pasamontañas, que se turnaban estando uno, siempre armado, al pie de la puerta de entrada y otro en la cocina. Este, siempre el mismo, de modo particular le llamó la atención, pues “*por sus harapientas pero coloridas ropas parecía un vagabundo, de esos venidos de la ciudad*”. “*De él y por él, precisó, en algunas ocasiones sentí compasión*”. Fue éste personaje el que más tarde, cuando en un tercer ‘rato’ estaban en la manigua, lo invitó a jugar tute ganándole el vagabundo siempre todos los granitos de maíz apostados. En el caso de Don Bernardo, constituyó ésta quizás la única expresión lejana del “*síndrome de Estocolmo*”, pues muy pronto tuvo claro que sus cancerberos no eran más que personas a las que les pagaban por su oficio, que quizás ni siquiera conocían a alguno de las cabecillas de esa empresa del secuestro, que eran meras fichas asalariadas dentro de la división del trabajo en ese negocio de compra venta de seres humanos. Don Bernardo nunca emitió juicio moral alguno sobre sus secuestradores limitándose a decir que se trataba de personas “*ignorantes y casi sin educación alguna y seguramente con muchas necesidades y amarguras en el alma*”. Por idénticas razones, entre sus planes nunca estuvo el de negociar con su captores su rescate de modo directo aunque, en algunas ocasiones, o soñó o pensó o imaginó que, encontrándose en presencia de algunos de los dueños de esa criminal organización, con facilidad llegaba con él a un acuerdo: “*vea, le proponía, quédese con esta finca y asunto arreglado*”.

El contacto de Don Bernardo con sus captores fue prolongado; esto no obstante, excepción hecha de sus ocasionales simpatías hacia el vagabundo que oficiaba como cocinero, su relación psicológica con ellos fue, más bien, precaria. En condiciones tales de casi nula dependencia afectiva, más intenso debió ser su dolor psicológico, que podría haber sido suavizado por ese dispositivo defensivo compensatorio llamado “*Síndrome de Estocolmo*”, al que así examina la academia en su lenguaje técnico: “*los factores situativos que más contribuyen a que el cautivo se sobreponga a su paralizante temor para ofrecer al criminal una relación de extrema dependencia, mantenida por los sentimientos de cooperación y amistad, están relacionados con sus sensaciones de impotencia, aislamiento y desamparo, y sobre todo con su convicción de que su sobrevivencia depende de sus prendedores*”.¹²

Ni lo amenazaron ni lo maltrataron ni lo insultaron, nunca ni en alguna ocasión. No había necesidad de hacerlo, pues con el mero secuestro ya había sido puesto en condiciones objetivas de sufrimiento; las condiciones subjetivas para agudizar o suavizar la pena, se las labraría él solito a partir de su propia personalidad, de su acerbo acumulado de experiencias de vida, así como de sus formas personales de procesar y manejar esa situación, para él completamente inédita en su vida. Esto no obstante, en esta primera fase del secuestro, cuando el terror de muerte lo aplastaba, por dos vías, con eficacia, exacerbado, le

¹² Hernández, Francisco Alonso, *Psicología del Terrorismo*, Salvat, 2004, pp.306-310.

administraron el miedo: primero, profundizándole el silencio físico objetivo, una de las notas características de la oscuridad; y segundo, creándole dudas en torno a la lealtad, así como a la posibilidad de una rápida respuesta solidaria por parte de su familia. En cuanto a lo primero, los vigilantes siempre se negaron a intimar con él, “no podemos ni medio abrirle la puerta”, le decían en unas ocasiones, “tenemos prohibido hablarle”, le afirmaban en otras, “en definitiva no nos hable más allá de lo necesario”, terminaron por manifestarle. El lenguaje de los monosílabos constituyó la táctica más eficaz para cortar toda posibilidad e intento de comunicación. Al ser ello así, Don Bernardo se vio obligado a aprender el lenguaje de la oscuridad, a escuchar sus voces, a dialogar con ella y fue así como, más adelante, al inventarse recursos para manejarla, pudo alcanzar cierto control sobre su entorno. En cuanto a lo segundo, para él, hombre familiar por antonomasia; afectuoso líder familiar que formó a sus hijos bajo el proyecto de hacerlos líderes empresariales y ciudadanos de excelencia; persona que siempre inculcó en ellos la idea del ‘poder del trabajo familiar asociado’, terrible, aunque pasajero, fue el drama íntimo que le crearon cuando le quisieron hacer creer que si su liberación no se había producido, había sido porque sus hijos se negaban a pagar por él “la miserable suma de veinte millones de pesos”, era eso lo que le decían. Tras el impacto inicial, muy ligado a la tremenda situación objetiva y subjetiva a la que se encontraba atado, muy pronto pudo desenredar el ovillo de la trampa, pues, *“haciéndome dudar de mi familia, nos dijo, se proponían reforzar el manejo que ya venían haciendo de mí; pero a partir de un primer momento, difícil como momento, la confianza en la lealtad y la solidaridad de los míos permaneció inalterada”*

De todas maneras, a Don Bernardo, en esta primera fase, se le hizo difícil socializar la oscuridad, *“mi deseo de ver y sentir la luz del sol, nos contó, a veces era superior al de ingerir alimentos”*, entonces, le suplicaba al cancerbero de turno, *“vea, señor, se lo ruego, por caridad, déjeme ver el solecito”*, pero siempre le respondía el mismo monosílabo: “no puedo...no puedo”. Un día, conmovido ante tantos ruegos, el vigilante de turno medio le abrió una de las puertas y entonces se dio cuenta que era de día cuando un pequeño recuadro de luz solar cortó la oscuridad del cambuche y así fue durante cinco sabrosos minutos, él los contabilizó en el relojito que no le habían quitado. Eran las 11 y 30 a.m. cuando de nuevo lo envolvieron en la sombra de la eterna noche.

En definitiva, campesino de extracción y por historia, Don Bernardo culturalmente era un hombre de luz solar.

En resumen, fue durante esta fase de su cautiverio cuando más cercana sintió la muerte y cuando con seguridad sólo durmió una hora al día y cuando sintió que la capacidad de raciocinio casi que lo había abandonado y cuando en definitiva pensó que era un ser hecho solamente para sentir miedos y temores. Pero, conforme fue asimilando la rutina de sus cancerberos, así como apropiándose de su nueva amiga, la oscuridad, la razón volvió a insinuarse en él desplegándose hasta donde lo posibilitaba el estado de semivigilia en el que de modo progresivo se sintió ingresando; lo de dormir sólo una hora, había dejado de ser lo dominante, pues en adelante lo iba a ser el estado de semi-vigilia.

Segundo ‘Rato’:

Una noche de luna y un día de sol a campo abierto; un relojito contabilizando cronológicas 36 horas, que se le hicieron minutos; un repentino imaginario de haber salido del túnel de la muerte; menos ‘miedo’, mucho menos ‘miedo’ pero todavía mucho ‘miedo’. Este segundo pero rapidísimo momento psicosocial estuvo marcado por la pasajera alegría de una media luna y de un sol cayéndole sobre la cara.

Todo sucedió cuando de repente, entre un indiferenciado rato y otro igual, “yo no sé si al poco o a mucho de haber llegado”, nos precisó don Bernardo, lo metieron en una camilla y se lo llevaron montaña arriba. “Lindo anochecer, rememoró sonriente, y más lindo fue el amanecer” y no pudo si no haber sido así, pues ya casi había perdido la memoria de los límites entre el día y la noche y, sobre todo, los existentes entre los tragos y el desayuno. La razón de la salida no había sido otra que la de una necesaria, pero teledirigida grabación. De la ciudad habían llegado dos señores con los rostros anónimos bajo los pasamontañas, quienes expresamente le reconvinieron lo que de modo obligatorio debía decir en la misiva que le iba a enviar a sus hijos; “por lo demás, le dijo uno de ellos, sin maldecirnos puede decirle a su familia todo lo que de lindo le dicte el corazón”. Don Bernardo recuerda que la grabación fue extensa, que duró casi una tarde entera; sin embargo, como la lectura del texto recibido no consume más de minuto y medio, puede inferirse que fue objeto de un cuidadoso trabajo de edición. Este fue el texto recibido: “Buenas tardes, hijos (confusas se escuchan algunas voces en el fondo). Yo los saludo, estoy más o menos bien, lo único malo es el hipo que me molesta. *Les pido el favor, a ver si logran retirar la autoridad para que estos señores puedan arreglar con ustedes.* Me saludan a su mamá que cumplimos años el 8 de este mes...(pausa larga). *Tengan mucha paciencia, vean a ver si arreglan este negocio.* De todas maneras, yo estoy muy aburrido. *De los negocios que yo les había encargado, de la letra de José María...*(pausa larga y no se logra entender lo que dice). *Consigan unos centavitos con don P.M* (se colocan sólo las iniciales de la persona) *para que puedan arreglar con estos señores de cualquier manera. Vean a ver qué transacciones hacen, no importa que su mamá tenga que firmar alguna cosa, lo importante es que esto se arregle.* De todas maneras, no vayan a dejar sufrir a Juan Manuel y a su señora. Ayúdenle. Hay uno de ellos que cumple años, no me acuerdo cuándo, de todas maneras no los descuiden.(se escucha la voz de Don Bernardo preguntando, ¿qué más ponemos?) Hijos, con su mamá este mes cumplimos años. Habría sido muy bueno haber estado todos juntos en una reunión, pero desafortunadamente no alcanzamos a eso. *Pero, pídanle al Señor que esto se arregle pronto.*(De nuevo se escucha la voz de Don Bernardo preguntando,¿qué más digo?). *Ayúdenme en este problema, acuérdense que yo los he ayudado mucho a ustedes, de manera que no me vayan a abandonar, no me dejen solo.* Me saludan a Bernardo, a Fabio, a Carlos y a todos mis 12 hijos y 15 nietos. Adiós hijitos, Bernardo”.¹³

Encierra este texto un contenido perversamente inteligente cuando se lo examina desde las lógicas de los intereses objetivos de los secuestradores: no intervención de las autoridades; rescate negociado con ellos; acciones expeditas y precisas para reunir el dinero; y el más rápido arreglo; pero, con todo ello no hicieron un listado de supermercado si no que, con la ayuda o asesoría de una mente experta, con sutileza envolvieron esas cuatro reivindicaciones en un estéticamente lindo papel regalo, ribeteado de motivos afectivos, todos ellos muy sentidos: el cumpleaños de matrimonio con Doña Ana y la deseada pero imposible reunión familiar de celebración y los cuidados con uno de los hijos menores y la aburrición que lo embargaba y las necesarias oraciones al cielo para que ese asunto se arreglara pronto y los saludos a los 12 hijos sin olvidar los 15 nietos. Como remate, pusieron en acción un coercitivo elemento afectivo para que, como cuenta de cobro, funcionara como factor de presión: “Ayúdenme en este problema, acuérdense que yo les he ayudado mucho a ustedes, de manera que no me vayan a abandonar, no me dejen

¹³ Grabación tomada de, Valencia Pachón Bernardo, hijo, “Diario de un Secuestro”, Armenia, febrero-marzo de 1991, inédito.

solo”. A este respecto así analizó esta misiva un Comunicador de la Universidad del Valle, experto en procesos comunicativos: “Se nota en ella la mano de una persona experta o, por lo menos, con muy buena experiencia, en la edición de ese tipo de mensajes propios de ese universo complejo del secuestro. Se juega con habilidad con lo emotivo para inhibir o, por lo menos, para frenar o disminuir la acción de los juicios racionales; se introducen, sin alborotarlas, no más de las absolutamente necesarias demandas de los secuestradores; y así, en ese juego, éstas sin mayor criticidad logran imponerse casi como lógicas y naturales”.¹⁴

Tercer ‘Rato’:

De nuevo, un cuartucho-túnel lleno de oscuridad ahora menos inamistosa; una representación del más monótono aburrimiento; un nuevo miedo, el de una eterna aburrición.

Este tercer momento psicosocial del cafetero quindiano estuvo marcado por los inicios de un importante cambio en su emotividad. Aunque, sin desvanecerse del todo, se había atemperado el miedo a las voces del recatón que, como tañer de pueblerinas campanas fúnebres, le anunciaban que en el patio trasero estaban cavando su sepultura, sin embargo, la centralidad la vino a ocupar ahora un nuevo sentimiento, el del miedo a la monotonía, a la aburrición a ella ligada y, sobre todo, a que ésta se le hiciese eterna; “*de todas maneras, yo estoy muy aburrido*”, fue la única queja, al lado de la del preexistente hipo, que les formuló a sus hijos en la misiva ya examinada. Fue éste el sentimiento que, en realidad de verdad, lo acompañó hasta el final de su cautiverio, estado de ánimo por cierto altamente coherente con su temperamento hiperactivo, con su cultura laboral marcadamente valorizadora del trabajo personal y familiar como única fuente legítima de éxito económico y de acumulación de riqueza, así como con su historia biográfica de apurado, y siempre, hasta donde su nivel educativo lo posibilitaba, moderno hombre de negocios.

El día que lo regresaron al cambuche, ahora con toda la luz del sol bien apresada entre los ojos, desde el dintel pudo observar cómo encima del destartado catre había un remedo de colchón propio de indigente extremo, “*así, ¿cómo iba yo a dormir?*”, nos dijo en la “*Memoria de un Secuestrado*” pero, ahora, hasta lo aceptó, al fin y al cabo ése era su colchón, parte ya íntima de su drama; en ese momento, se sintió cercano al vagabundo que oficiaba de cocinero.

Pero, no hubo tiempo para que su nuevo estado de ánimo, el de la aburrición, se asentara y desplegara, pues sus cancerberos, asustados por el revuelo de un helicóptero sobre la zona, decidieron trasladarlo a un lugar previsto más seguro: la manigua, la selva chocoana, una de las zonas más lluviosas del mundo.

Cuarto ‘Rato’:

Un no infeliz acampado bajo un techo de árboles; un control continuo del tiempo relojero; un imaginario de haber regresado a la vida; pero todavía, miedo, mucho miedo, ya no a la muerte o al aburrimiento, no sabía a qué...

Fue éste quizás el momento psicosocial menos infeliz de los cinco eternos “ratos” que estuvo en cautiverio. Pero, esto no obstante, ni los miedos se borraron del todo ni desapareció el desfase entre el tiempo real y el tiempo vivido; sólo que ahora, éste se tornó menos alargado. Todo ello aunado, le permitió conquistar, sin dejar de ser y sentirse una mercancía, un mayor control relativo sobre su entorno.

¹⁴ El analista del caso, que me proporcionó un texto más extenso, me solicitó que no diese a conocer su nombre.

Al principio le revoloteó la mente el imaginario de una rápida liberación: sí, sus hijos, imaginaba, ya habrían recibido la misiva donde los instruía para arreglar el rescate con esos “señores”, como él los llamaba; con tanta gente que afectiva o comercialmente aún lo estimaba, de eso estaba seguro, no había razones de peso para que no hubiesen podido reunir el dinero; por lo demás, nada le habían vuelto a decir sobre que ellos eran “unos berracos tacaños que se negaban a pagar por él la miserable suma de veinte millones de pesos”; finalmente, ¿por qué no tranquilizarse un poco si todo parecía jugar a su favor?.

Fue la primera vez que se hizo un autollamado a aquietarse.

Cosas similares a éstas, aunque no tan precisas, estaba anticipando en el cuartucho-túnel cuando de repente la puerta se abrió y “vámonos de prisa, que ahora el paseo va a ser más largo, no tema, coopere que nos cogió el día, súbase a la camilla” fue lo que le dijeron en un discurso largo por lo desacostumbrado, pues siempre le hablaban en monosílabos. “*En lo más íntimo*, nos contó, *les agradecí que me hablaran, pues casi siempre de su boca no salía si no una palabra ‘no puedo...no puedo, está prohibido...está prohibido’*”, si el silencio no era la norma cuando, al abrir la ventanita, aprovechaba la ocasión para hacerlos hablar. En esta oportunidad, con él a cuestas, embutido en una camilla, subieron montes y bajaron laderas sembradas de piedras bobas y cruzaron bravías quebradas hasta llegar al corazón de la manigua. Aquí, bajo un amplio techo de árboles, lo metieron en un improvisado cambuche hecho de palos entrecruzados, éste también forrado de negro, aunque “*para felicidad mía, los rayos del sol lo traslucían sin mayor dificultad*”. Fue en esta ocasión cuando el vagabundo, que hacía de cocinero, lo invitó a jugar tute y mientras lo hacían se sentía contento por la compañía en sí y porque la tarde se le iba más ligera. Lo único que, con medio desagrado recuerda de esa fase de la estadía, es el comportamiento de los murciélagos, que ya tardecito en la noche se le venían en picada con sus redondos y luminosos y vidriosos ojos y él, por fin ocupado, zas y zaz y zaz los espantaba con un pedazo de plástico negro, que le había arrebatado al cambuche. Aunque al principio les tuvo miedo, mucho más que el que a veces se imaginaba que le había cogido a los seres humanos que, de modo innecesario, le hacían daño a otros seres humanos, enseguida pasó a odiarlos porque ahora, cuando ya podía dormir un poquito más, le suspendían el sueño pero, algunas veces, cuando éste se le escapaba, notaba la falta de ese productivo entretenimiento de espantarlos. En esta ocasión, como cama tuvo la dura y ambulatoria camilla sobre la que habían extendido dos costales paneleros. Al observarlos ahí, inútiles, bajo aquel templo natural, a Don Bernardo se le subieron los ánimos aventurándose, entonces, a poner a prueba la dosis de compasión humana que les restaba a sus captores y “*vea, por favor*, le dijo al que más sonreía y que hasta contaba sus chistes que, por flojos que fuesen, él aplaudía riéndose hacia adentro, *como para poder hacer un colchoncito permítame llenar estos dos costalitos con la hojarasca que abunda debajo de los árboles*” y el sujeto de la demanda aunque en un principio titubeó, al final accedió. Esa noche los huesos de 69 años bien trabajados de Don Bernardo se sintieron dormidos en un hotel de cinco estrellas, en uno de aquellos donde se hospedaba cuando su familia se iba de vacaciones. Y en realidad de verdad, nos confesó el honesto comprador de café- la ética de la pesa lo había hecho famoso- que “*guardadas las proporciones y considerando los distintos sitios y condiciones de aquella tragedia, la estadía en aquel acampado constituía para mí una especie de vacaciones*” y en realidad de verdad que así debió ser, pues allí contaba con juego de tute y colchoncito hojarascoso y hasta divertidos murciélagos y cobijas gruesitas y luna nochera y sol madrugador. “*No era que me sintiese bien en aquel sitio, que todavía había miedos aunque*

ahora algo imprecisos, si no, más bien, menos mal”, observó cuando le preguntamos, muy en función de las lógicas de la situación objetivo subjetiva de todo secuestrado, por el momento menos infeliz de los por él vividos. Ahora la felicidad le inunda la mirada cuando nos cuenta que en ese acampado hasta cuatro cobijas, de esas gruesitas que venden los indígenas, le habían dado. En esa manigua de noche el frío debía muy intenso pues, a la madrugada, la cobija de encima amanecía bajo una capa de ligera escarcha.

Dadas estas relativas nuevas condiciones menos infelices, Don Bernardo no sintió tanto el peso de las cadenas materiales que ahora le pusieron, pues, dada su condición objetiva de secuestrado, las cadenas morales y simbólicas y psicológicas sí que lo habían afectado; quizás por el nuevo clima psicológico que vivía, no se resentía tanto cuando a la oracioncita, como dicen los campesinos paisas, le sacaban el pie derecho de la camilla para amarrarle una cadena.

Pero, sólo ahora a campo abierto, cuando el tiempo vivido no estaba ya tan alejado del tiempo real y cuando las condiciones para lograr dormir eran menos negativas y cuando ya había logrado cierto control relativo de su entorno, Don Bernardo se sintió oliendo muy ‘feo’: desde el ‘ayer eterno’ en que había llegado al cautiverio ni se bañaba ni se mudaba la vestidura. Sólo ahora lo advirtió. Por ejemplo, sus calzoncillos se habían convertido en unas podridas hilachas y el estado de su restante ropa solidariamente lo acercaba al vagabundo ese de la ciudad que oficiaba de cocinero. Al decírselo a sus vigilantes, se limitaron a traerle una pantaloneta que, más temprano que tarde, corrió con igual suerte.

Todavía estaban en la densa y no infeliz manigua cuando una tarde hizo presencia un suceso de ruptura: el cielo se vino abajo con tanta agua como nadie jamás había imaginado que cupiese en una nube, *“nunca en mi vida había presenciado un diluvio así, nos paralizó a todos”*, describió Don Bernardo. Un solo y continuado relámpago disparaba la más diabólica tronadera; gigantescos árboles, como veletas, se entrecruzaban en infernal azoteo, cuando un robusto roble se vino sobre el acampado. *“Diez metros más y los cuatro, que calladitos y juntitos estábamos debajo del cambuche, habríamos muerto destripados”*, continuó describiendo el curtido cafetero.

No obstante las tremendas distancias, reales y simbólicas, entre cautivo y captores, la furia de la naturaleza los había solidarizado. El secuestro, con toda su carga inhumana, no había logrado desvanecer del todo lo humano. En definitiva, el ser humano, sin borrar su singularidad, por el contrario, enriqueciéndola, es ser y conciencia sociales. Hasta este plagio lo evidenciaba.

Al otro día, de mañanita, los asustados cancerberos decidieron regresar a Don Bernardo al inicial cuartucho-túnel.

“Aunque me dolió salir del acampado, reflexionó ahora Don Bernardo, eso fue un verdadero milagro, pues allí en esa manigua, y por mucha inteligencia que hubiese, jamás me habrían encontrado”.

Quinto ‘Rato’:

Un cuartucho-túnel, el mismo del principio, pero ahora psicológicamente “distinto”; una representación de definitiva aburrición; mucho, mucho miedo a que la monotonía, el aburrimiento y la ociosidad se le hiciesen eternas.

Este quinto momento psicosocial de Don Bernardo estuvo marcado por un ya anticipado pero ahora definitivo sentimiento de aburrimiento. Ya se lo dijo atrás: casi desde un principio se aburrió porque no tenía nada para hacer, pero en ese entonces lo predominante había sido el miedo a la muerte, a ese desgraciado tañer de las herramientas finqueras que, como odiadas pregoneras, le gritaban que en el patio trasero estaban cavando el hoyo de

su sepultura. Ahora, al entrar a este quinto eterno rato, ese sentimiento ya se había debilitado, cediendo el paso a algo ya no tan propio del secuestro si no, más bien, ligado a su historia biográfica, digámoslo así, a su pequeño pero fecundo proceso de formación como empresario cafetero.

Sin gritarlo nunca ni amenazarlo de muerte, sus cancerberos, de acuerdo con instrucciones técnicas muy precisas de sus amos, desde un principio lo habían re-controlado apelando a dos procedimientos interconectados en sus consecuencias : primero, como ya se vio, con la táctica de poder de los monosílabos que, al bloquear el diálogo, dejaba al paciente en estado de *real e imaginada incomunicación*; y segundo, poniéndole *en crisis la intensa fe* que tenía en toda su familia, al decirle que sus hijos, sus queridos y adorados hijos se negaban a pagar por él miserables veinte millones de pesos, pues “era sólo eso, le decían, lo que ellos pedían”. Su enriquecida cultura familiar le permitió superar pronto la pasajera crisis de identidad con sus hijos; y la crisis de comunicación, en un principio la enfrentó buscando hacia afuera medios para desatar el mutismo de sus cancerberos. “*Era así como, nos contó, les hacía preguntas por las rendijillas de la puerta y cuando, durante un escaso minuto, abrían la ventanita, pero nada*”, entonces, decidió resolver la crisis de comunicación aprendiendo a dialogar con la oscuridad. Aprendió a escuchar sus voces, se refugió en su poco agradable seno y al final pudo manejarla haciéndola, por lo tanto, menos inamistosa. Ya no sintió entonces tanto miedo de ella.

A la oscuridad, entonces, medio la domó a punta de prenderle velitas; para él esto constituía todo un ritual cotidiano: de las dos velitas diarias que le facilitaban, una la dedicaba a alumbrar el ejercicio de sus necesidades fisiológicas y la otra, cual velita mágica, la entrenaba en exorcizar la oscuridad. Al encenderla, apenas ahora lo advirtió, la velita rompía casi del todo una partecita pequeña de la oscuridad; otra más grande, apenas medio se desvanecía; pero la otra, la parte más grandota, permanecía inalterablemente oscura. Esto no obstante, Don Bernardo sentía que, poco a poco, iba adquiriendo poder sobre la oscuridad. Pero, ahí no terminaba la inventada y productiva ‘*ocupación*’, pues, encendida la velita mágica, sacaba el relojito, que tenía dañado el encendido nocturno, y miraba la hora cronológica, y como ya lo dijo, “*a veces eran las diez y otras las cinco*” quedándose siempre sin saber si se trataba de las diez de la mañana o de las diez de la noche. De todas maneras, era una enormidad lo que se sentía avanzando en el manejo de la oscuridad y del tiempo cronológico.

Fue así como Don Bernardo, empresario medularmente anti-ociosidad, como secuestrado se inventó inéditos oficios y ocupaciones desconocidas. Entonces, para manejar la oscuridad se inventó nuevos oficios, pero cuando los hubo aprendido, el sentimiento de aburrición estaba ya en pleno despliegue y fue así como muy pronto se le convirtió en miedo de que esa monotonía y ociosidad se le hiciesen eternas.

Durante su cautiverio Don Bernardo, en medio de varios y heterogéneos miedos, tuvo que realizar no uno si no muchos aprendizajes. Como ya se dijo, aprendió a manejar la oscuridad a punta de prenderle velitas. Cuando sintió que la memoria le estaba fallando, se propuso retener el recuerdo fijando la cronología precisa de su esposa, sus doce hijos y quince nietos. Aprendió también a manejar el hambre con dos raciones diarias de arroz y maduros, de vez en cuando adobadas con algún simulacro de carne de res o con la realidad de una porción de carne de monte. Esto último sucedía cada cierto tiempo cuando se habían terminado las siempre pobres y repetidas reservas de mercado. También aprendió a manejar la sed, “*recuerdo ahora, nos contó como introduciéndonos a un cuento de ficción, las ocasiones en las que, para paliarle la sed a una reseca garganta, hacía de las cuencas de*

mis manos un improvisado pocillo en el que orinaba y bebía para amainar el desespero de una boca como polvera". Pero, aunque en un principio se inventó ocupaciones para disimularlas, lo único que Don Bernardo en definitiva no pudo aprender fue el dominio de la monotonía y de la aburrición, así como del miedo a que esos sentimientos se le volviesen eternos.

Esbozados esos cinco momentos psicosociales por los que de cuerpo entero, con un histórico y concreto cuerpo-mente, transitó Don Bernardo, ponemos a actuar ahora una hipótesis central en este relato reflexión: dada su condición de secuestrado todavía no asesinado, *algún derecho biográfico tenía que haberle quedado y, para él, dichosamente fue uno más ligado a su pequeña pero bonita historia personal que a las condiciones mismas de su secuestro: el derecho a aburrirse*, de algún modo ligado al derecho del libre desarrollo de la personalidad. Por fortuna, sus plagiarios no lo advirtieron, pues, de haber sido así, también se lo habrían expropiado, pues de acuerdo con las lógicas de todo plagiado, a éste el único derecho que le puede quedar, es un amenazado y precario y tambaleante derecho a vivir. Y así es, porque éste en todo secuestro es el máximo recurso de poder de los plagiarios: o paga o se muere. Aunque no lo digan de modo explícito, así funciona el dispositivo central y más sutil de una negociación, económica o política o simbólica, en caso de secuestro.

En general los psicólogos, al explicar la manera como una persona reacciona ante un evento que lo aproxima a la muerte, el secuestro, por ejemplo, tienen la tendencia a darle mayor importancia a la personalidad preexistente de la víctima que a las características propias del evento mismo; Melluk, por su parte, en su ya citado estudio, destaca la importancia de la situación de secuestro en sí misma como determinante del tipo de reacciones psicológicas del secuestrado.¹⁵ En el caso de Don Bernardo, sin embargo, aunque él nunca hubiese recibido ni la mínima preparación para enfrentar esa situación de riesgo extremo, su temperamento hiperactivo, su enriquecida cultura laboral, así como su condición de histórico hombre de negocios acostumbrado al cálculo racional implícito en la pareja costos-beneficios, resultaron determinantes en esos cinco momentos psicosociales ya esbozados. *Esa fue la razón por la que en él, finalmente, resultó sobreimponiéndose su personalidad presecuestro y, ligada a ella, unos modos de vivir el tiempo, unos estados anímicos y unas representaciones individuales elevadamente coherentes con su historia personal dando lugar a lo que hemos llamado su derecho biográfico a la aburrición.*

Veamos un poquito más de cerca el carácter, pero también la génesis y la construcción de este derecho biográfico, es decir, de la afirmación según la cual a *todo secuestrado* mientras no lo asesinen, *algún derecho le debe restar*. Como ya se dijo, en el caso de Don Bernardo ese derecho postrero, finalmente regulador de su condición de secuestrado, fue el derecho a aburrirse; en él, por su historia personal, era lógico que el sentimiento y la realidad de la aburrición hubiesen tomado forma, pues, controlado de modo relativo el miedo a la muerte, el fantasma del "no tener nada para hacer" se le agigantó. Fue esa la forma específica como Don Bernardo, al margen de lo que estuviesen haciendo sus familiares, trató de salvarse a sí mismo: aburriéndose y tratando de domar la en él casi natural aburrición, situación que en definitiva nunca pudo alcanzar. Esto no obstante, alguna íntima satisfacción le debió haber causado ese aporte personal a su autosalvación.

¹⁵ Melluk, op.cit. p.113.

Cada secuestrado, entonces, de acuerdo con su personalidad preexistente enfrentada con las condiciones específicas de su plagio, constituye ésta una mera hipótesis, procesará y elaborará ‘su propio derecho biográfico, califiquémoslo así, ‘existencial secuestral’ que, desconocido por los plagiarios y manejado de modo adecuado por el cautivo, puede ayudarlo a enfrentar con éxito, y hasta de modo enriquecido, la cruel experiencia.

Sería ésta una especie de autoresolución de conflictos.

A Alvaro Gómez Hurtado, por ejemplo y para continuar con el paralelo ya iniciado al iniciar estas páginas, si en la evolución de las condiciones de su secuestro hubiese llegado al control relativo del sentimiento de miedo a la muerte, a lo mejor, de nuevo es ésta una hipótesis, se habría aliviado de la representación y la realidad de monotonía y habría tenido como sobreviviente y salvadora una profundización del *derecho biográfico* a reflexionar, algo en él muy coherente con su historia personal.

Si el ser humano en estado de ideal e histórica libertad personal, es decir, como habitante del país donde ella sea la mejor y la más amplia, es ya de entrada un ser limitado por las leyes naturales, sociales y culturales que lo gobiernan, a este respecto William Ospina se recomienda solo con su rico y lúcido y lindo Ensayo “Los Esclavos de la Libertad”,¹⁶ un secuestrado es una de-persona humana, degradada a la condición de mero humanoide, limitada de modo radical y a la que sólo le falta que la asesinen para completar el ciclo de la negación total de la libertad personal. Esto no obstante, mientras al secuestrado no lo asesinen- a muerte ya ha sido condenado con el sólo hecho de su plagio- algo de humano le debe restar.

Eso que en la reflexión inmediatamente anterior hemos llamado “algo o arrestos de humano” es lo que, en el caso de cada secuestrado puede potenciarse para darle forma, en unos casos, a un derecho sobreviviente actualizado a partir de la historia biográfica del cautivo, o en otros, a un derecho personal emergente muy ligado a las condiciones concretas de cada plagio; pero sea el que sea el derecho personal que tome forma, ya el sobreviviente actualizado ya el emergente inédito o ya una combinación de ambos, el caso de Don Bernardo señala- lo dejamos como caso específico para evitar la trampa de las generalizaciones apresuradas-, que el derecho personal a aburrirse, muy ligado al derecho del libre desarrollo de la personalidad, se constituyó en él en una palanca de autolucha positiva y, de algún modo, aliviadora y hasta enriquecedora en la etapa postsecuestro.

Esbozados ya esos cinco momentos psicosociales por los que, como cautivo transitó durante esos cien días, algunas representaciones de su familia en torno a su experiencia, nos pueden redondear un cuadro psicosocial más preciso.

“*Mi vida, opinó, no se partió en dos, como dicen por ahí, en un antes y después del 17 de febrero de 1991 pues, como ya les he dicho, en este país para mí ese suceso no fue más que un gaje del oficio*”, pero que su secuestro sí la fracturó en dos, opinaron, al unísono, esposa e hijos e hijas y nietos y allegados. Como ya lo advirtió Melluk como resultado de su estudio, no existe secuestrado que, como fardo, no cargue sobre sus espaldas algún nivel de secuelas físicas y psicológicas y hasta simbólicas, podríamos agregar, pues un plagio puede presentar, como consecuencia central, una nueva forma de percibir y vivir y sentir la vida. Pero, en el caso de Don Bernardo, importantes indicaciones señalan que esos cambios fueron mayores que lo que él se autorepresenta, aunque menores que lo que sus allegados imaginan. En lo estrictamente físico, por ejemplo, preexistentes problemas

¹⁶ Ospina William “Los Esclavos de la Libertad”, en, *Los Medios de Comunicación Frente a la Libertad Personal*, Programa Presidencial para la Defensa de la Libertad Personal, Bogotá, 1998, pp.15-33.

gastrointestinales se le hicieron crónicos, pero este paciente, que siempre ha tenido como uno de sus relajamientos el aguardientito cristal, a sus ya cercanos ochenta y dos años mantiene una salud de hierro, condición no propia de todo exsecuestrado.

“Claro que cambió”, la primera que habló fue Doña Ana María Valencia Jiménez, la amada compañera de, para él, “muy cortas seis décadas”, “fíjense no más que toma más aguardientico, que ya no es tan fácil llevarlo de paseo fuera del país, que el hipo y la gastritis se le han agudizado y que para comer casi de todo ya no es tan acomodado”. “Esa dramática experiencia, nos dijo Jaime, de tenerlo a uno semisepultado en un cementerio que nadie sabe donde queda, es así como yo defino el secuestro, lo hizo de sonrisa más difícil y menos comunicativo, amén que le quitó arrestos como empresario.” “Radicalmente el secuestro lo volvió otra persona, así habló Ligia la mayor de las hijas, pues a la mella como empresario, se le añade el hecho de que dejó de ser el centro y líder de las fiestas familiares”. Que participaba en ellas pero ya más a la zaga, que ahora parecía disfrutar más estando solo que acompañado y que se había olvidado de las corridas de toros y de las apuestas en las pollas futboleras, fue el concepto de Fabio, el más cercano a él en lo que a una enriquecida cultura de tierra se refiere. Vale la pena recordar ahora que Don Bernardo con el correr de los años había llegado a ser una persona de una enorme sabiduría práctica y muy dada a aplicarla, de modo crítico pero siempre ponderado, al conocimiento del alma de sus allegados, amigos y parroquianos. Fue sobre este acerbo de epistemología popular, perdónese la palabrita, donde Bernardo, el mayor de los hijos, notó la mayor mella del secuestro de su padre: “por desgracia perdió el manejo del dicho oportuno, puntualizó, con el que examinaba siempre críticamente, pero muy a la positiva, la conducta de sus hijos, por ejemplo, eso de que ‘nunca ensuciaré el agua de la que van a beber mis hijos’, además de que no volvió a paseos de verano y parece temerle a la soledad”.

Constituyen todos ellos, los observados por sus allegados, cambios por cierto importantes en la conducta cotidiana del Don Bernardo postsecuestro; sin embargo, como ya se dijo, él en la actualidad se comporta como si nunca lo hubiesen plagiado, no teme hablar del drama, para él algo similar le podría haber pasado a cualquier empresario, no anda creyendo que a la vuelta de la esquina lo van a resecuestrar y, lo más importante, en su corazón no ha acumulado odios hacia sus captores, “éstos, nos reiteró, *por lo general son personas ignorantes, sin acceso a educación alguna y quizás con muchos problemas y necesidades y amarguras en sus almas*”. Es decir, que hoy por hoy, este destacado cafetero, como explagiado, disfruta de la más excelente salud mental. Ha perdonado, pero no ha olvidado, “*todo eso fue doloroso y terrible*, nos dijo, *y aunque no creo tener enemigos pero sí algunos contradictores, si los tuviese, ni al más perverso de ellos les desearía una experiencia tal*” Al hablarle de penas y sanciones drásticas para combatir el secuestro, por ejemplo, de la posibilidad de establecer en Colombia la pena de muerte, “*no estoy de acuerdo con que una medida así se aplique entre nosotros*, señaló, *recordemos las retaliaciones del pasado cuando algunos con poder le aplicaban de hecho la pena de muerte o la ley de fuga a sus opositores, eso se podría prestar para muchas venganzas; habría que recurrir, más bien, a medidas más educadoras*”. Y entonces, con la mirada fija en nosotros, que tanto habíamos tratado de escarbar en su corazón sobre un asunto tan delicado y doloroso, y enarcando sus negras y pobladas cejas, “*me duele mucho este país*, así nos terminó la ya replicada tercera entrevista, *yo adivino el drama que puede haber en los tres mil secuestrados que dicen que hay actualmente en Colombia, claro que eso no se adivina con palabras, eso hay que vivirlo, claro que hay que ayudarlos, así como a sus familias; sin embargo, no juzgo prudente y adecuado que una liberación se haga con*

medidas militares, por ellos mismos que pueden verse en peligro, por las personas que los tienen, que todavía son poderosas y por todos, pues este país, que desde que mataron a Gaitán, no ha cesado de matarse, quiere, merece y necesita la paz”

Como puede observarse en el Don Bernardo actual casi no sobrevive el exsecuestrado; y si pervive, habita en él bajo la forma de una persona *de un recuerdo sin odios; de un actor que, como autoliberación, también puso su granito de arena; de un ciudadano que, por humanamente perverso, maldice y odia el secuestro, pero que, al haberlo vivido de modo intenso y adecuado, aprendió de él lecciones importantes para su propio provecho espiritual-cultural, el de su familia, así como el de su país.*

Recibido: 3/12/2003

Aprobado: 15/1/2004